

## Ángeles pinkerianos

*The Better Angels of our Nature: why violence has declined*

Steven Pinker  
Viking, Nueva York (2011)

Steven Pinker publica cada cuatro años unos ensayos que destripan sectores enteros del pensamiento postmoderno. En el último se sitúa en el bando de los benignos, de los esperanzados sobre la condición humana. Según parece, no somos tan mala gente como la fría biología evolutiva o los ilustrados escépticos se habían empeñado en proclamar. Hay que continuar fustigando a los *roussonianos*, pero conviene acotar nuestro potencial benefactor para cultivarlo y amplificarlo. Durante milenios, hemos sido unos destructores sanguinarios, pero en los últimos cuatro siglos nos hemos suavizado.

En las crónicas de las malignidades humanas, las guerras, los genocidios, los asesinatos y las bajas provocadas por brotes violentos, parece como si no cesaran de aumentar. La detallada cobertura que reciben esos incidentes promueve una percepción del incremento sistemático que enmascara una realidad más liviana. Las probabilidades de ser asaltados, torturados o asesinados, en el mundo de hoy, son cada vez menores. En *The Better Angels of our Nature*, Pinker compendia ese curso menguante de la crueldad, en todas sus variantes. Hay montañas de datos que muestran que las tasas de víctimas como consecuencia de guerras, exterminios, homicidios, torturas, ejecuciones, bandolerismo, terrorismo, esclavitud, violencia familiar, abusos infantiles y otras letalidades han ido disminuyendo. En la obra hay mucho más que esa avalancha de series estadísticas a escala logarítmica y siempre a la baja. Concluye que se han puesto en marcha vectores de fondo que han reducido los incentivos para infringir daño y han cambiado la sensibilidad y las actitudes ante las interacciones violentas.

Acepta Pinker que el proceso civilizador tuvo dos aríetes bien cono-

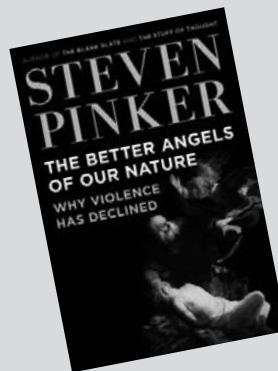
cidos. El *Leviathan hobbesiano*, el primero, al monopolizar el Estado el uso de la violencia y los mecanismos de arbitraje y sanción, reduciendo así la necesidad de acudir a la venganza privada. El otro fue la diseminación del comercio, de forma que al irse imponiendo las transacciones donde todos suelen ganar, aumentó la prudencia y las buenas maneras. Inglaterra, los Países Bajos y el resto de Europa fueron los lugares donde antes cuajó la reducción de la violencia interindividual, pero la tendencia es detectable en todas partes y se aplica incluso a las guerras: el análisis de las bajas debidas a conflictos armados muestra un declive del que ni siquiera escapa el siglo XX, con sus dos guerras mundiales. Representan dos picos que figuran entre las mayores masacres históricas, pero no convierten la centuria en particularmente tóxica, más bien al contrario. En la segunda mitad de siglo comenzó una larguísima *paz duradera* que todavía perdura. Con el dato no menor, eso sí, que debido a la sofisticación bélica, las guerras han disminuido en frecuencia pero han ganado en letalidad.

Hay dos cosas que chocan en esa cascada de series descendentes, en los tres últimos siglos: 1) faltan curvas de fenómenos coincidentes que vayan también a la baja y que no impliquen conflicto de intereses; 2) faltan curvas que vayan al alza, sobre vectores sospechosos de tener relación con esos descensos. Es decir, faltan *controles emparejados* para deslindar si se trata de un fenómeno aislado o una tendencia que corre en paralelo a otras, que podrían obedecer a factores insospechados. Las únicas curvas ascendentes que aparecen son el incremento de rentas, aunque empezó a decrecer la violencia antes que comenzaran a escalar en Europa; y la edición de libros y la alfabetización, donde sí se aprecia un paralelismo al alza. Pero faltan muchos otros parámetros. Las vinculaciones con los cambios demográficos se abordan—las tasas de violencia son relativas al volumen de población y el declive lesivo coincide con la expansión demográfica y la urba-

nización—, pero no se discuten a fondo. Tampoco hay cifras comparativas sobre el incremento de funcionarios armados, el número de prisiones y de población reclusa, el impacto de los avances tecnológicos, los índices sanitarios—medidas de higiene básica, incidencia de plagas y enfermedades infecciosas, hambrunas—, o la evolución de los flujos comerciales. Faltan asimismo curvas sobre los delitos económicos, la criminalidad vinculada a los narcóticos, la delincuencia *internética*, el acoso laboral y escolar o sobre las víctimas en delitos del tráfico. Es decir, faltan cifras sobre anomalías actuales no plenamente coincidentes con el patrón presentado.

Otra flaqueza es la poca importancia otorgada a las desigualdades económicas, que suelen ser el predictor más consistente de las tasas de homicidio. Por no hablar de la minusvaloración de las ayudas tecnológicas: ¿dónde quedan las cámaras de vigilancia, la cobertura de las comunicaciones telefónicas, las pulseras trazables, el rastreo de las tarjetas de crédito, las huellas dactilares y génicas, las bases de datos globales, los satélites espía y los aviones no tripulados dedicados a la vigilancia y a las expediciones punitivas, los fármacos domesticadores, las cámaras acorazadas, las señales semafóricas y tantas otras muletas del *Leviathan*? Incluso la amenaza amedrentadora de los silos y misiles nucleares es tratada con cierta condescendencia. Por lo tanto, uno queda anonadado ante el esfuerzo gigantesco para mostrar que la caída violenta es robusta, pero sin convencerse sobre la mengua en conflictividad de fondo. Y claro, resulta difícil decantarse por celebrar, con alborozo, la *paz duradera* o preservar la cautela, al sospechar que quizás solo estemos asistiendo a una tregua tan frágil como otras que antes se vivieron.

Hacia el final, Pinker intenta discernir los vectores individuales del incremento de benignidad. Es decir, ¿pueden haber dianas mutadas en la naturaleza humana que expliquen la mengua vio-





lenta?, ¿la domesticación de las tendencias lesivas ha generado variaciones en los genes y en la circuitería neural responsable de los impulsos ofensivos? Según él, nos hemos domesticado a través de tres rutas: 1) nos hemos vuelto más sensibles e intolerantes ante el sufrimiento ajeno; 2) nos hemos vuelto más cautos y prudentes ante el riesgo de confrontación lesiva; 3) nos hemos vuelto más agudos y eso permite calcular mejor los riesgos. Somos, por lo tanto, más sofisticados, más afectuosos y más tolerantes ante las costumbres ajenas. Más virtuosos y liberales, en definitiva. Todo ello exige cambios neurales que deberían ser discernibles. Ni un solo dato directo, sin embargo, a favor de que esos virajes sean rastreables como correlatos de la mitigación violenta. Datos indirectos, un buen puñado, pero avisando que no hay nada sustantivo en la naturaleza individual para vincularlo con aquellos cambios sociales.

El nexa más firme es el incremento de inteligencia abstracta detectable desde el inicio del siglo XX. Durante esa centuria, las generaciones sucesivas han tendido a presentar rendimientos crecientes en los tests de razonamiento abstracto (sin variaciones en rendimientos verbales, calculadores o memorísticos). Al darse una vinculación negativa entre violencia e inteligencia —la gente que destaca en agudeza tiende a evitar los litigios violentos—, Pinker encuentra ahí la base más sólida para sustentar el edificio de la modernidad ilustrada y benigna. Hay que reiterar, no obstante, que se trata de nexos indirectos y con un engarce liviano. Al percatarse de ello, renueva, en el cierre, el abrazo al *Leviathan* acechante más el comercio suavizador de maneras y promotor de reciprocidades, factores que quizás puedan vincularse con presiones selectivas que acaben cambiando resortes moleculares. #

**Adolf Tobeña**

DEPARTAMENTO DE PSIQUIATRÍA Y  
MEDICINA LEGAL, INSTITUTO DE  
NEUROCIENCIAS, UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE BARCELONA